

**Memoria del
II Foro de Arqueología, Antropología e Historia de Colima**

Juan Carlos Reyes G. (ed.)

Colima, México; Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2006.

El Proyecto Arqueológico Comala

Ma. Ángeles Olay Barrientos

Centro INAH-Colima

Introducción

Fue en el transcurso de sus trabajos durante el verano de 1939, en la planicie costera de Colima, cuando Isabel Kelly encontró, entre el escombros de una tumba de tiro saqueada, los fragmentos de una vasija que llamaron poderosamente su atención. Su color, forma y textura le confirmaron su lejano origen, se trataba del ejemplar de una vajilla sumamente popular en la urbe teotihuacana: una típica vasija *naranja delgado*. Semejante descubrimiento la llenó de gozo pues por fin, el azar le regalaba una evidencia constante y sonante de la antigüedad que atesoraban las evidencias arqueológicas de Colima. Recordemos que en ese entonces no existían los fechamientos absolutos y las posibilidades de efectuar los relativos eran escasas, toda vez que la ausencia de datos para casi todo el Occidente de Mesoamérica impedía cualquier tipo de correlación, por más temerarias que estas fueran. Pudo Kelly tener entonces la certeza de que los materiales asociados a los depósitos mortuorios de las tumbas de tiro correspondían a un tiempo conocido por los arqueólogos como *Teotihuacán III*, correspondiente al 300-400 d.C.

Dejando de lado la importancia que significó en su momento la posibilidad de fechar de manera relativa contextos culturales poco conocidos, la existencia de materiales *teotihuacanos* otorgó nuevos elementos a los convencidos de la existencia en el pasado de imperios panmesoamericanos. No obstante, el establecer que el Occidente era uno más de los territorios pertenecientes a la égida cultural de la gran urbe, debió tomarse con cautela. Las razones eran variadas. En principio, saltaba a la vista el hecho de que el Occidente era una entidad cultural un tanto diferente al resto de las sub áreas mesoamericanas. Ignacio Bernal habría resumido esa característica a través de una frase lapidaria: *Al no haber tenido la influencia civilizadora de los olmecas, el Occidente quedó permanentemente en una posición de retraso.*¹

La “influencia civilizadora” a la que se refería Bernal derivaba del hecho de que

esta cultura habría desarrollado una complejidad social cuyas expresiones materiales e influencias ideológicas marcaron de manera determinante a la diversidad de culturas que le sucedieron. Buena parte de los rasgos mesoamericanos típicos fueron instrumentados por estos grupos establecidos en las planicies húmedas y tropicales del Golfo de México, hacia el primer milenio antes de Cristo. Entre los mismos podemos mencionar: la elaboración de estelas y altares y la colocación de ofrendas a sus pies, la escultura monumental y el tallado en jade, los atlantes, las cabezas colosales, los sarcófagos de piedra, los pisos de mosaico enterrados, los espejos cóncavos, las plataformas construidas sobre terrazas, los montículos de tierra, la elaboración de centros ceremoniales planificados, la construcción de edificios alineados astronómicamente y, desde luego, la idea de registrar fechas importantes en un calendario.² Ciertamente, los rasgos mencionados son elementos que hasta ahora no han sido documentados para el Occidente en etapas tan tempranas.

A esta marcada ausencia de los rasgos olmecas típicos en el Occidente, debemos sumar el hecho de que las diversas discusiones en torno a cómo abordar el fenómeno cultural mesoamericano devinieron en una suerte de marginación de la región. Así, se ha mencionado insistentemente que el esquema propuesto por Pedro Armillas³ se basó en las dos grandes revoluciones señaladas por Vere Gordon Childe: la agrícola y la urbana, de tal suerte que Mesoamérica habría cruzado un período preagrícola, otro agrícola y finalmente, otro dominado por las grandes urbes; para otros autores, el evento que determinó cada período estribó en la estructura económica social que predominó en cada uno de ellos, fue así que para William Sanders y Bárbara Price,⁴ los cuatro niveles predominantes serían las *bandas*, las *tribus*, los *señoríos* y los *estados teocráticos*. Estos esquemas lineales, aplicados al área nuclear mesoamericana, nos dejan en claro que el tiempo de las “grandes urbes” y el de los “estados teocráticos” fue sin duda el de Teotihuacán.

Para Linda Manzanilla el horizonte Clásico del Altiplano Central se define como una etapa en la que se sucedió una suerte de “integración cultural macroregional” a través de “una tradición compartida”, misma que deriva de los ya mencionados elementos olmecas. Para Manzanilla, el *corpus* de rasgos típicamente teotihuacanos son:

*la aparición de formas arquitectónicas similares (variantes del llamado tablero-talud), el establecimiento de vastas redes de intercambio a larga distancia, la existencia del templo como eje económico y religioso, la difusión del calendario ritual de 260 días y del agrícola de 365 días, un panteón en el que domina el Dios de la Lluvia-Rayo-Trueno y el desarrollo de diversos sistemas de escritura.*⁵

A partir justamente de estos rasgos definitorios del fenómeno urbano y su concomitante complejidad cultural, fue que el Occidente se definió a través de rasgos negativos. Así, se dio por hecho que en su territorio **no** existió arquitectura monumental o patente, que **no** se encontraron códices, que **no** se desarrolló la escritura glífica, que la técnica utilizada en la escultura en piedra **no** alcanzó el refinamiento de otras áreas y, por si fuera poco, **no** existieron evidencias consistentes

de haber florecido, como en el resto de Mesoamérica, culturas contemporáneas al espacio de tiempo que comprendía el *Formativo* temprano y medio. El Occidente fue considerado, ahora sí que sin remedio, como una área marginal.

Señalábamos en otros trabajos el hecho de que las investigaciones de Isabel Kelly habrían logrado demostrar la profunda raíz cultural de Colima, a través del hallazgo y definición de la *Cultura Capacha*, misma que fue fechada hacia el 1,500 a.C., esto es, una temporalidad prácticamente similar a la fase más antigua de la secuencia olmeca de San Lorenzo, en Veracruz. Ciertamente es que si bien existen hoy día, serios cuestionamientos con respecto a la validez de este fechamiento, las exploraciones en *El Opeño* (sitio localizado en la proximidad de Jacona, Michoacán) la han reubicado hacia al 1,200 a.C., a partir de objetos estilísticamente emparentados a ella. En todo caso, las expresiones materiales de estas culturas terminaron por conformar, en las expresiones culturales que les sucedieron, una serie de rasgos que llevaron a algunos autores a afirmar que el Occidente **no** podía ser considerado como mesoamericano, sino hasta etapas tardías.

No deja de llamar la atención que la severa descalificación relativa a la ausencia de un *Formativo* y un *Clásico* similar al ocurrido en otras áreas mesoamericanas, pasó por alto el hecho implícito de la existencia de un desarrollo cultural propio. El síndrome del rasgo negativo obstruyó durante mucho tiempo el ánimo de observar el fenómeno desde otras perspectivas, posibilitando con ellas, incluso, la resolución de algunas de las múltiples incógnitas que rodean los esplendores de la Mesoamérica nuclear. Es evidente que el estudio de la heterogeneidad cultural mesoamericana no ha podido dejar atrás, en definitiva, el prejuicio surgido de interpretaciones evolutivas unilineales.

Como una forma de romper un esquema con el que Occidente no comulgaba, se hizo evidente que el estudio de la historia antigua de la región debía llevarse a cabo con herramientas metodológicas distintas. La percepción de que no todas las culturas mesoamericanas cruzaron el mismo sendero del ascenso civilizatorio de la Mesoamérica olmeca y teotihuacana, llevaron a Otto Schöndube a proponer el establecimiento de una secuencia cultural cualitativamente distinta, que explicara el particular desarrollo de la región.⁶

Esta secuencia cultural se estableció a partir de la definición de dos grandes etapas. La *Etapas I* -dividida a su vez en *Ia* (2,400 al 1,500 a.C.), y *Ib* (500 a.C.-600 d.C.)-, señala la etapa en que el Occidente llevó a cabo un desarrollo cultural particular y exhibe además, una innegable similitud con algunos complejos arqueológicos del noroeste de Sudamérica. Estas similitudes se aprecian, principalmente, en dos momentos: en la llamada *Cultura Capacha* y en la extendida tradición funeraria de las *tumbas de tiro*. En la primera, las semejanzas se expresan en las cerámicas que utilizaron variaciones de la forma conocida como vasijas de asa-estribo, vasijas acinturadas en forma *bule* y vasijas dobles -una colocada encima de la otra, comunicadas y sostenidas entre sí por intermedio de 2 o 3 pequeños tubos de barro.⁷ En la segunda, lo que predomina sobre alguna otra expresión cultural es el ceremonial funerario que se creó alrededor de tumbas excavadas en el subsuelo.

Estas tumbas, a las que se accedía por intermedio de un *tiro*, dan nombre a una tradición que se caracterizó, además, por su bella cerámica, en la que abundaron las vasijas huecas modeladas con formas de hombres, plantas y animales, así como los recipientes de formas geométricas, decoraciones al negativo y empleo ocasional del asa estribo. Fue a partir de estas semejanzas con algunas culturas de Sudamérica que la *Etapa I* fue denominada por Schondube como *Tradición Occidental o del Pacífico*.

La *Etapa II* -dividida a su vez en *Ila* (600 a 900/1000 d.C.) y *Ilb* (900/1000 a la conquista española), comprende el tiempo en que el Occidente es ya, ostensiblemente mesoamericano. Los cambios, notables, muestran el drástico cambio de tradiciones cerámicas, el abandono de la construcción de tumbas de tiro, el surgimiento de los primeros centros ceremoniales con planificación evidente, el incremento demográfico, la aparición de un panteón de deidades semejantes a las veneradas en los altiplanos y, sobre todo, formas más complejas de organización social.

Si bien esta forma de organizar las expresiones culturales de las tradiciones propias del Occidente fue importante, en razón de que permitió llevar a cabo las primeras interpretaciones globales de su heterogénea trayectoria histórica, es importante señalar que no todos los investigadores que trabajan el Occidente se adscribieron a esta periodificación. En buena medida esto se debe a que no aceptaron el que en el Occidente **no** se hayan producido fenómenos sociales complejos en el Clásico. El personaje más conocido en esta línea es Phil Weigand, quien realizó una severa crítica a esta propuesta al señalar que *simplificaba* en extremo la definición de las expresiones económico-sociales desarrolladas en el área. Su negación partió del hecho de que considera que en la zona localizada en los alrededores del Volcán de Tequila, se expresó una cultura que pudo haber desarrollado el fenómeno urbano a partir del sustento económico que significó el cultivo de chinampas en las partes bajas del lago Magdalena, en el noroeste de Jalisco. Además, esta cultura, conocida como *Tradición Teuchitlán*, fue capaz de desarrollar conceptos notables en cuanto al manejo del espacio, al crear un patrón de asentamiento basado en el círculo.^(Fig.1) Los famosos *guachimontones* marcaron la novedosa idea de crear plazas y patios a partir de plataformas circulares de diversos diámetros y monumentalidades.⁸

Si bien la posición de Weigand fue percibida en un principio como contestataria y encaminada a generar una discusión más amplia y puntual de los procesos sociales en una región poco explorada científicamente, no puede negarse que sus planteamientos son hoy día el sustento de varias investigaciones arqueológicas en el centro de Jalisco e incluso, de regiones un poco más alejadas, como el Bajío.

Esta larga introducción sustenta la propuesta de investigación que a continuación se presenta. El sitio *Comala* –reportado inicialmente como *Chico Fuentes* o como *Potrero de la Cruz*–, muestra en superficie un manejo del espacio arquitectónico que remite claramente a la *Tradición Teuchitlán*, esto es, un patrón de

asentamiento caracterizado por plataformas y patios circulares. Las dimensiones de sus círculos, de acuerdo con la clasificación propuesta por Weigand, lo definen de manera formal como un sitio monumental y por ende, relevante en términos del papel que debió desempeñar al interior del desarrollo social de la región en la cual se inserta.⁹

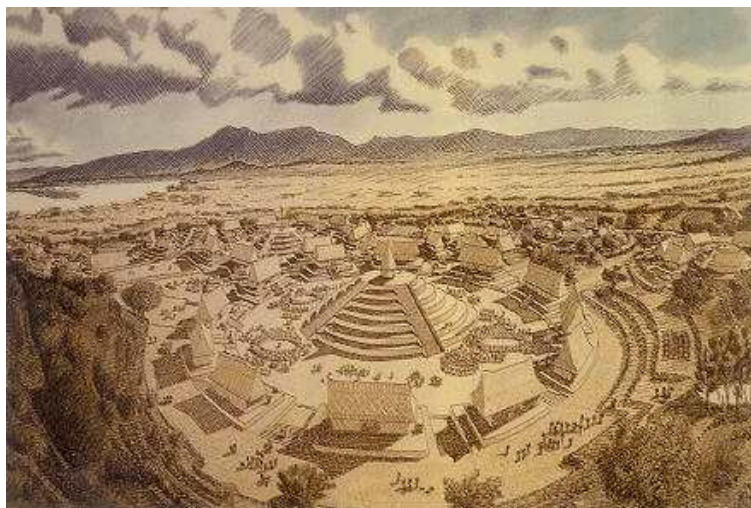


Figura 1

El tema que el estudio de este sitio implica tiene que ver, siguiendo la discusión enunciada párrafos arriba, con la necesidad de esclarecer la existencia de sociedades complejas en un periodo que tradicionalmente hasta ahora, ha sido definido como un momento en el cual en Colima sólo existían aldeas agrícolas. Hasta hace un par de años el estado que guardaban las investigaciones al interior del valle de Colima –parte del *Eje Armería* definido por Kelly hacia 1948¹⁰–, dejaban entrever que el fenómeno urbano se habría manifestado en Colima hasta fechas posteriores al 1,000 / 1,100 d.C. No obstante, las exploraciones que se han venido realizando en diversos puntos de la zona conurbada de las ciudades de Colima y Villa de Álvarez, nos han permitido vislumbrar la existencia de un esplendor demográfico sucedido entre el 200 a.C. y el 300 d.C., esto es, hacia el fin de la fase *Ortices* y gran parte de la fase *Comala*.

El mapa de ocupación humana que paulatinamente hemos podido ir elaborando el grupo de arqueólogos que atendemos los diversos rescates, salvamentos y factibilidades arqueológicas en el sector SW del valle de Colima –espacio privilegiado donde abundan tierras fértiles y corrientes de agua susceptibles de ser utilizadas mediante tecnologías que utilizaban la gravedad–, indican que durante el *Formativo terminal* y el *Clásico temprano* las aldeas se multiplicaron de tal manera que debieron haber propiciado acciones tales como la apertura de nuevas tierras de cultivo y la organización social del espacio productivo, y por ende de los recursos aprovechables. En este tenor, es muy probable la existencia no sólo de núcleos poblacionales relevantes sino, a la vez, de la existencia de elites que

dirimieran los numerosos conflictos derivados de estos procesos.

El hecho de que durante los trabajos realizados al interior del Salvamento Arqueológico La Herradura^(Fig.2) hayamos encontrado una plaza *cuasi* redonda elaborada sobre una loma que debió ser nivelada y terraceada y en cuyos depósitos encontramos materiales claramente pertenecientes a las fases *Ortices* y *Comala* parecen indicar que, a despecho de lo que se creía hasta ahora, es muy probable que en Colima existan varios sitios cuyo manejo espacial se base en el círculo si bien en el caso de *La Herradura* el sitio contó apenas con una sola plaza circular.

No obstante que el sitio *Comala* fue reportado desde 1986 y ha sido visitado por numerosos estudiosos de la arqueología del Occidente mesoamericano, hasta ahora no se había llevado a cabo ningún proyecto de investigación específico destinado a su estudio. Ello tuvo que ver no sólo con la escasez de personal y presupuesto que caracteriza al Centro INAH-Colima sino, además, con la gran carga de trabajo de su sección de arqueología. En este sentido, al tener que atenderse como prioridad aquéllos lugares sujetos a una inminente destrucción, debido al impacto de nuevos fraccionamiento y/o diversas obras de infraestructura, el proyecto de investigación destinado a explorar y dilucidar acciones específicas referidas a la protección del sitio *Comala* se fue postergando.



Figura 2

En virtud de que el crecimiento demográfico de la zona conurbada Colima-Villa de Álvarez afecta cada vez una mayor área, las proyecciones del plan de desarrollo urbano de la capital del estado ha planteado que la nueva delimitación de la denominada *Área Metropolitana* incluirá a las cabeceras municipales de Comala, Coquimatlán y Cuauhtémoc en el entendido que estas localidades serán sujetas a obras de infraestructura que las enlazarán a partir de la construcción de vialidades maestras. Si bien estas proyecciones se plantean para el periodo comprendido entre 2006 y 2030, consideramos del todo pertinente iniciar cuanto antes los trabajos en el sitio *Comala* a fin de garantizar, antes que nada, su cabal protección ante la inminente conurbación de la localidad de Comala al entorno urbano de Colima-Villa de Álvarez.

La Tradición Teuchitlán

Con el nombre de *Tradición Teuchitlán* es como Weigand definió al período Clásico en la zona lacustre septentrional de Jalisco. Si bien su trabajo tuvo como fin

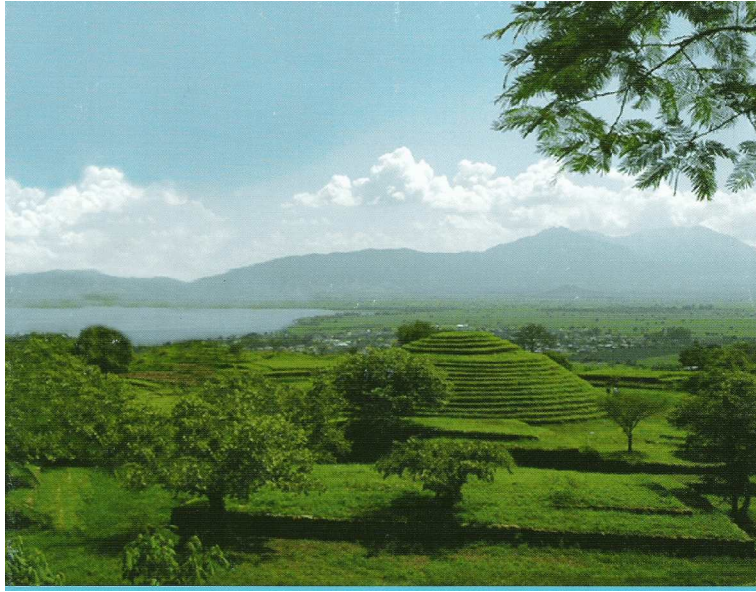


Figura 3

dar cuenta de la existencia del fenómeno urbano, su tesis la enmarcó en la secuencia cultural del área misma que propuso sucedió entre el 600-500 a.C. y el 1,000 d. C. Es importante señalar que la propuesta cronológica que durante años sustentó a partir de reconocimientos de superficie y levantamiento de materiales asociados a pozos elaborados por *moneros*, ha venido siendo modificada dramáticamente a partir de la exploración del sitio *Guachimontón*,^(Fig.3) como parte fundamental del proyecto de investigación impulsado por el gobierno del Estado de Jalisco, El Colegio de Michoacán y el INAH (2001), destinado no sólo a excavar sus espacios sino también, con el objetivo de ser restaurado a fin de abrirlo a la visita pública. No obstante, los planteamientos iniciales derivaron en una serie de hipótesis que devinieron en investigaciones alternas en otras regiones. En este sentido, consideramos que es importante señalar las propuestas iniciales de Weigand, en el entendido de que buena parte de la literatura alrededor de los temas que puso sobre la mesa son aún temas sujetos a discusión. Así, la *Tradición Teuchitlán* definió al período Clásico en la zona lacustre septentrional de Jalisco. Sus fases más tempranas se caracterizaron tanto por la presencia de tumbas de tiro como por el desarrollo de comunidades cuyo incipiente manejo del espacio superficial tuvo como norma al círculo.¹¹

Weigand formó parte del equipo de Charles J. Kelley, cuando la Southern Illinois University (SIU) y el INAH convinieron en echar a andar un proyecto de investigación conjunto, al frente de los cuales estuvieron Charles J. Kelley y Román Piña Chán, respectivamente. La SIU comenzó los trabajos en el año de 1956, a partir de reconocimientos que permitieron ubicar el patrón de asentamiento y los nichos ecológicos de lo que Kelley definió como las *culturas Chalchihuites* y *San Gabriel*. A partir del estudio en un área colindante al lugar en que su equipo trabajaba, Weigand

inició lo que sería sin duda, el proyecto de investigación al cual dedicaría gran parte de su vida:

Nuestro proyecto partió haciendo a un lado las premisas del complejo de simplicidad. Puesto que otros continuaban buscando tumbas, los objetivos del proyecto se limitaron a encontrar el sencillo patrón de asentamiento que sustentaba la cultura funeraria. Esperábamos que fuese un estudio corto y sencillo que nos llevara como máximo varios veranos. Lo que sucedió afectó profundamente mi visión de la arqueología como ciencia y me planteó el reto de emplear la excelente formación recibida como alumno de posgrado al trabajar como ayudante de campo de Charles Kelley y Pedro Armillas. A medida que avanzó la investigación de Etzatlán-Teuchitlán, nos dimos cuenta que el complejo de simplicidad tenía enormes lagunas y sus suposiciones no explicaban lo que estábamos viendo en el campo: los complejos talleres de obsidiana y la arquitectura monumental del Clásico fueron nuestras primeras claves. A medida que la investigación se volvió más sistemática, resultó evidente que algunos sitios tenían características urbanas.¹²

El reproche de Weigand a los arqueólogos del Occidente consistió en señalar que en su ánimo de localizar tumbas subterráneas con ofrendas espectaculares, pasaron por alto las evidencias materiales presentes en la superficie, aun cuando fueran algunas de las construcciones más bellas y simétricas de Mesoamérica. El reconocimiento del área, llevado a lo largo de varios años, le permitió registrar cerca de 348 sitios de dimensiones diversas. Como estrategia para definir las etapas de ocupación de esta gran muestra, utilizó una técnica poco ortodoxa pero eficaz: la limpieza de las paredes de los pozos realizados por los saqueadores, a fin de obtener en estos cortes muestras de material arqueológico.

El período Clásico, según la secuencia del autor basada en esta metodología, se definió por los sucesos desarrollados en las fases *Ahualulco* y *Teuchitlán I*. Fue en la primera donde Weigand documentó la irrupción de sitios en los cuales apreció la consolidación de un patrón de asentamiento consistente en plataformas circulares que transformaron al altar central de la fase previa –*El Arena*– en un montículo; sobre las plataformas-banquetas se llegaron a construir hasta ocho plataformas de planta rectangular que soportaban construcciones elaboradas con materiales perecederos. Estos círculos tenían, a diferencia de los edificadas en las fases anteriores, diámetros mayores y, de manera relevante, juegos de pelota anexos. En la medida en que los asentamientos comenzaron a tener mayor complejidad arquitectónica, las tumbas de tiro fueron más escasas y pequeñas.

Fue en la fase *Teuchitlán I* cuando se produjo el clímax cultural de la tradición. La población en esta etapa se concentró en varios núcleos: Ahualulco, Santa Quiteria, Las Pilas y Laguna Colorada-La Providencia, entre otros. El sector más importante, sin embargo, se ubicó entre Teuchitlán y El Refugio, correspondiente a una franja - cercana a los 10 km- a lo largo de las riberas septentrionales de la laguna de La Magdalena. En esta región Weigand y su equipo documentaron varios conjuntos residenciales de elite, así como grandes plataformas circulares de índole ceremonial, juegos de pelota, grandes talleres de obsidiana, zonas de cultivo y, de manera

relevante indicios de chinampas.

La interpretación de Weigand relativa al desarrollo evolutivo de la región planteó una transición del *Formativo tardío* al *Clásico*, como un *proceso de intensificación*, cuyas causas encuentra poco claras pero que podrían responder a una suerte de dinamización regional, en la cual participó no sólo el área de Teuchitlán sino también el Bajío y Chalchihuites. La misma dio pie a una mayor demanda de productos por parte de los grupos, que definían su estatus a partir de la posesión de ciertos objetos con cargas simbólicas importantes y, por ende, a la necesidad de controlar su explotación y comercio. En algún momento incluso, Weigand planteó la posibilidad de que la intensificación misma hubiera sido una respuesta a la expansión (económica, política, social) de Teotihuacán.

Los recursos con los cuales contaba la región desplegada en los valles alrededor del Volcán de Tequila, incluían no sólo las magníficas vetas de obsidiana sino también sal. A la vez, en la sierra de Ameca -a la cual pertenece el Volcán de Tequila- podían encontrarse yacimientos de plata, plomo, azurita, malaquita, cuprita y cristales de cuarzo.¹³ Para deleite de los arqueólogos adeptos al estudio de las antiguas vajillas, las cerámicas de la región contaron con barros de calidades diferentes, que fueron desde el caolín hasta barros altamente granulados, que permitieron la proliferación de vasijas elaboradas con la técnica del *pseudocloisonné*, la cual consintió el desarrollo de un cuerpo iconográfico que ha ofrecido valiosos datos relativos a la ideología dominante en esta etapa y que se constituyó además, en una suerte de marcador cultural. Parece, sin embargo, que el recurso que explicaría en gran medida la solidez alcanzada por las instituciones sociales desarrolladas en la región fue, sin duda, la obsidiana.¹⁴

Fue a partir de los datos procedentes de sus reconocimientos que Weigand descubrió un fenómeno peculiar: el hecho de que en el período en el cual se desarrolló una mayor complejidad arquitectónica de los poblados mayores, así como una mayor explotación de los recursos locales -fundamentalmente la obsidiana-, sucedió lo que el autor denominó *implosión* demográfica, esto es, una suerte de concentración humana alrededor del núcleo central de la tradición, aunado a un despoblamiento del territorio inmediato a este núcleo. Esta lectura deriva de comparar la distribución de sitios de la fase *Arenal* con los de la fase *Ahualulco*, pues en esta última fase la cantidad de asentamientos se desplomó, aun cuando se mantuvieron aquéllos ubicados en lugares que contuvieron algún producto susceptible de ser explotado o, como defensa del área nuclear.

No deja de ser paradójico que Weigand proponga que fuera en esta etapa cuando se sucedió una expansión del elemento arquitectónico circular hacia otras áreas del Occidente. Las plataformas circulares (conocidas localmente como *guachimontones*), se encuentran entonces no sólo en la zona de la cañada de Bolaños,¹⁵ sino también en Nayarit, en ciertos lugares de Guanajuato y, probablemente, en *Comala* en Colima.¹⁶

En todo caso, la señalada *implosión demográfica* provocó una marcada presión sobre los recursos del área nuclear, que vio arrasados sus bosques y, por esa

causa, se sucedió un proceso de degradación vegetal que promovió un paulatino cambio en el régimen de precipitación pluvial y con ello el descenso de las aguas de la laguna de La Magdalena. Esta reducción de la humedad hizo que se desarrollaran estrategias destinadas a conservar e incluso intensificar la producción agrícola.¹⁷ Al respecto, Weigand se dio a la tarea de documentar la existencia de chinampas en las riveras de la citada laguna, además de impulsar a otros estudiosos a ahondar en temas relativos a paleoambientes y las huellas culturales de los, para él, claros procesos de intensificación agrícola.¹⁸

Weigand continuó trabajando sobre otro tipo de datos que le permitieran demostrar la existencia de numerosas poblaciones, que dieran cuenta del vigor demográfico de la región durante el *Clásico*. Al respecto señala que en el área nuclear contabilizó aproximadamente 2,800 conjuntos residenciales, mismos que parecen haber estado organizados en cuatro tipos, los cuales, asume el autor, refieren otros tantos niveles de complejidad misma, que al ser interpretada, *refleja el orden político, económico y social del período Clásico*.¹⁹

Al final de esta rápida mirada a los planteamientos elaborados por Weigand a lo largo de 30 años (entre 1960 y 1990), se debe enfatizar el hecho de que nuestro autor pudo al fin llevar a cabo la exploración del área de Teuchitlán, incluidas las tareas de liberación y restauración de sus elementos arquitectónicos. Durante los últimos años se han llevado a cabo trabajos en el área nuclear de la *Tradición Teuchitlán*; han sido estudiados: Huitzilapa, Llano Grande, Navajas y *Los Guachimontones* de Teuchitlán. La información generada se ha presentado en diversos foros académicos, como el simposio organizado por Christopher Beekman en la LXIX reunión de la *Society of American Archaeology* (Québec, 2004), el cual se encuentra siendo editado como un libro de investigación por el Colegio de Michoacán; en el *VI Coloquio Internacional de Occidentalistas* (Guadalajara, 2005) y en el simposio sobre *Sociedades Complejas del Occidente de México en el Mundo Mesoamericano: Homenaje al Dr. Phil C. Weigand* (Guadalajara, agosto 2006), entre otros.

Es innegable que el cúmulo de información que ha sido confrontada con las hipótesis largamente enunciadas por Weigand, ha ido modificándolas en buena medida. Acaso la que más salta a la vista es el hecho de que el esplendor de la *Tradición Teuchitlán*, la cual en un inicio se habría planteado hacia la fase *Teuchitlán I* (400-700 d.C.), parece haber sucedido en etapas más tempranas, que lo ubican hacia la fase *El Arenal* (300 a.C.-200 d.C.). Esto, en términos de la secuencia del *Eje Armería* de Colima significaría la última etapa de *Ortices* y la primera de *Comala*, etapa que concuerda con el estilo conocido como *Ortices Tuxcacuesco*.

Gracias a estas excavaciones y a las fechas de radiocarbón derivadas de las mismas, ahora podemos por primera vez postular una secuencia general para la trayectoria cultural de la tradición Teuchitlán. Ahora sabemos que esta tradición aparentemente inició en el Formativo temprano, con las tumbas de estilo El Opeño encontradas en la zona, y tuvo su apogeo en el Formativo tardío o terminal. [Esto es] Entre 100 a.C. y 200 d. C. se inició y en gran

medida se concluyó un masivo programa constructivo.²⁰

No deja de ser interesante que buena parte de los hallazgos obtenidos por el *Proyecto Guachimontón* enfatizan la importancia de los rasgos que habrían sido definidos para la *fase Arenal*. Al respecto, se debe recordar que este período representó de manera clara los elementos típicos de la *tradición de tumbas de tiro* en el centro norte de Jalisco (300 a.C.-200 d.C.), principalmente el relativo a la existencia de tumbas de tiro monumentales. Si bien los reportes de la existencia de estas tumbas derivaban de escandalosos saqueos, debe señalarse que el salvamento arqueológico efectuado durante la construcción de la autopista Guadalajara-Tepic permitió recuperar claras evidencias de asentamientos planificados, en los cuales se observó la idea constructiva de organizar los espacios habitacionales a partir de una plaza cruciforme, esto es, cuatro casas orientadas hacia los cuatro rumbos. De este orden surge, de manera incipiente, la organización espacial a partir de círculos, al interior de estos recintos fue donde se fabricaron tumbas monumentales de profundos tiros y amplias bóvedas. El ejemplo más acabado de este momento es, sin duda, la renombrada tumba de Huitzilapa, descubierta y explorada en el año de 1993.²¹ Si bien esta tumba contó con un tiro de 8 metros de profundidad, existen reportes de tumbas más profundas –la renombrada de *El Arenal* contó con 16 metros– e incluso, Weigand menciona alguna de 22 metros de profundidad.²²

La tradición de tumbas de tiro

Sin duda el elemento que singulariza a la tradición cultural del *Occidente* mesoamericano es el conjunto de elementos que configuran a la *tradición de tumbas de tiro*. Esta expresión se manifiesta de manera particular en el *corazón* de la región: Colima, Jalisco y Nayarit. La armonía plástica que distingue a las terracotas modeladas en barro y cuyo destino era la de servir de bagaje mortuario a los individuos depositados en las cámaras de las reutilizadas tumbas de tiro, es reconocida como una alta expresión artísticas de las antiguas sociedades mesoamericanas. El esplendor que lograron los alfareros en esta etapa se evidenció no sólo en las múltiples y bellas formas que tomaron las vasijas modeladas, sino también en la decoración de las mismas. Los diseños al negativo y a base de incisiones, la riqueza expresiva de sus figurillas sólidas y los múltiples adornos y artefactos realizados en materiales como la concha, el hueso y la piedra, indican la exquisita habilidad desplegada por las sociedades adheridas a la tradición funeraria de las tumbas de tiro.

El ritual del enterramiento incluía el depósito de las bellas terracotas modeladas en barro al interior de las cámaras de tumbas que eran reutilizadas, se presume, de manera sistemática por miembros de una familia o un clan. Además de las vasijas con formas humanas, vegetales o animales, las ofrendas incluían numerosas figurillas sólidas de fina elaboración y riqueza de rasgos. Ocasionalmente se han recuperado también objetos fabricados en concha y caracol. Con todo y que la elocuencia comunicativa de la producción alfarera de la tradición de las tumbas de

tiro ha permitido esclarecer aspectos sobre su originalidad cultural, quedan múltiples cuestiones por resolver. Acaso la más evidente es la necesidad de explorar los escenarios en los cuales se sucedió la vida de aquellos cuyos despojos reposan en las tumbas de los ancestros.

El período que representa de manera clara los elementos típicos de la *tradición de tumbas de tiro* en la región de Teuchitlán, es la fase *Arenal* (300 a.C.-200 d.C.) No obstante, a pesar de que su *corpus* material ofrece las consabidas esculturas de barro y las espléndidas y barrocas maquetas arquitectónicas, la información relevante deriva de los asentamientos construidos no sólo para los que partían al reino de la muerte. Las exploraciones realizadas por Lorenza López y Jorge Ramos en Huitzilapa permitieron documentar la existencia de asentamientos planificados, en los cuales se observó la idea constructiva de organizar los espacios habitacionales a partir de una plaza cruciforme, esto es, cuatro casas orientadas hacia los cuatro rumbos.²³ De este orden surge, de manera incipiente, la organización espacial a partir de círculos. Otro elemento reportado, sin duda importante, fue que al interior de estos recintos se fabricaron tumbas monumentales de profundos tiros y amplias bóvedas.

Señala Weigand que la definición de los elementos arquitectónicos que fueron elaborados en este período es difícil en virtud de que los mismos, en su gran mayoría, sufrieron las constantes modificaciones de sus elementos, propias de una sociedad ubicada en medio de constantes estímulos derivados de su dinámica interna. La explicación sugerida por el autor plantea un escenario en el cual las comunidades cohesionadas socialmente a través del culto al ancestro (*tradición de tumbas de tiro*), van transformando sus formas de legitimación social en la medida en que el sistema productivo requiere de una clara división del trabajo y un control social que va siendo delegado, cada vez en mayor medida, en un sólo grupo, en detrimento de un gobierno organizado a partir del equilibrio entre varios linajes. Ello implicó, de manera evidente, que el trabajo social invertido en la fabricación de espectaculares tumbas se trasladara a la construcción de plazas, palacios y juegos de pelota.²⁴

En este punto de la discusión quisiera resaltar varios puntos. En principio es importante señalar que la *Tradición Teuchitlán* puede ser considerada como la expresión de la *tradición de tumbas de tiro* en el centro norte de Jalisco. El desarrollo de su expresión arquitectónica parece haber sido el resultado de la necesidad de trasladar el trabajo invisible que significaba excavar profundas tumbas destinadas a los linajes más poderosos, a la construcción de espacios en los cuales se tornara explícito el poder de las elites. Si bien en un principio Weigand planteó que la plataforma central de las plazas redondas contenían en su centro alguna tumba monumental (de más de 6 m de profundidad con grandes cámaras dobles o triples), la exploración de Huitzilapa dejó en claro que la monumentalidad del ajuar mortuario (tumba y ofrendas) antecedió a la construcción de los grandes círculos ceremoniales en los sitios que regían los poblados mayores y las economías más complejas. Si esta percepción puede ser comprobada a partir de una mayor información se podría pensar, entonces, que la *Tradición Teuchitlán* es la expresión del cambio social en las sociedades adscritas a la *tradición de tumbas de tiro*.

El sitio Comala

Fue entre diciembre de 1986 y mayo de 1987 cuando el equipo del *Proyecto Atlas Arqueológico Nacional*, llevó a cabo los trabajos de *verificación* destinados a comprobar si efectivamente las marcas que habían colocado sobre fotografías aéreas del territorio de Colima correspondían a *sitios arqueológicos*. Al término de estos trabajos, el coordinador del equipo Colima del *Proyecto Atlas*, Rosalío Serna, puso a mi disposición algunas notas y croquis de asentamientos que, desde su punto de vista, merecerían algunas acciones del Centro INAH-Colima. Con ellas organicé un breve artículo, publicado en el primer número especial que sobre la arqueología del Occidente de México realizó la revista *Barro Nuevo*.²⁵ El artículo, titulado *Investigación a través del catálogo de sitios de Colima*, dio a conocer un asentamiento que llamó poderosamente la atención. El sitio *Comala* (Fig.4) daba cuenta de un sitio que presentaba el trazo característico de la *Tradición Teuchitlán*, esto es, un conjunto de plataformas circulares de diámetros diversos, con montículos centrales redondos. Es interesante señalar que este lugar –reportado como *El Chico Fuentes*– fue visitado hacia 1987 por la sección de arqueología a causa del reporte de saqueos en sus inmediaciones. En el croquis de esta inspección, la plaza circular principal fue representada con una forma irregularmente rectangular.

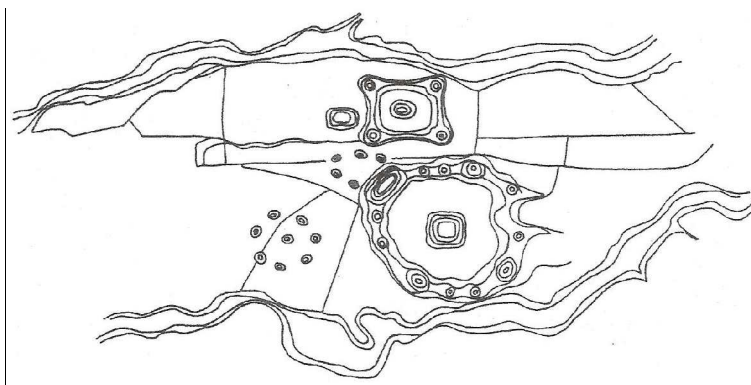


Figura 4

El sitio se ubica hacia el oriente de la amplia terraza aluvial formada por los cauces de los ríos *San Juan* y *Suchitlán*, a la altura del lindero noreste de la actual población de Comala; el *Suchitlán* la delimita al oriente y al oeste un arroyo estacional marca el área en la cual se encuentran los tres círculos ceremoniales –dos de ellos de gran tamaño–, mismos que dan cuenta de una indudable relación con el área nuclear de *Teuchitlán*. Otro dato que abona a la relevancia del emplazamiento es, sin duda, la existencia de tumbas de tiro monumentales. Los restos de un antiguo saqueo dejaron a la vista una tumba de tres cámaras excavadas en el tepetate las cuales, sin duda, contuvieron ofrendas destinadas a personajes de alta jerarquía.

No obstante su importancia, hasta ahora no se han llevado a cabo acciones

concretas tendientes a realizar no sólo la exploración e investigación del tan importante espacio sino, a la vez, acciones destinadas a su conservación. Este es el propósito de este proyecto.

Objetivos

Como se pudo apreciar a lo largo de toda la discusión, la investigación de un asentamiento como *Comala* es un imperativo que nace no sólo en la necesidad de instrumentar estrategias al corto plazo para su protección sino, a la vez, como una manera de encontrar respuestas a numerosas interrogantes que tienen que ver con la resolución de problemas centrales del desarrollo social de los pueblos prehispánicos de Colima y del Occidente mesoamericano. En este sentido, los objetivos académicos del *Proyecto Arqueológico Comala* son los siguientes:

1). Hasta ahora no se ha encontrado en los contextos arqueológicos de Colima un asentamiento que pueda ser considerado como un centro rector hacia el fin del *Formativo* y el *Clásico temprano* (200-300 d.C.). La creencia de que durante esta etapa en Colima sólo se habrían desarrollado sociedades agrícolas organizadas en aldeas dispersas, se habría basado en el hecho de que el registro arqueológico sólo habría documentado la existencia de *panteones* con *tumbas de tiro* y *atierros* –fosas excavadas en el tepetate en las cuales se depositan ofrendas del mismo estilo que en las tumbas–. Todavía hace unos años se enfatizaba de manera contundente la imposibilidad de localizar contextos domésticos pertenecientes a esta etapa. Creemos que este panorama fue el resultado del inmisericorde saqueo del cual fueron sujetos una cantidad indeterminada de *panteones*.

No obstante, a partir del inusitado crecimiento de la Villa de Álvarez a partir de fraccionamientos de alta densidad, se comenzó a explorar las áreas planas del valle de Colima ubicadas en la margen izquierda del río Armería. La deposición de sedimentos arrastrados desde las partes altas del volcán de Fuego logró que una buena cantidad de estos contextos fueran “sellados” por capas de hasta 2 metros de arcillas. Así, a diferencia del sector central del valle –un área ubicada al norte de la ciudad de Colima– en la cual el suelo es somero y los depósitos funerarios se localizan con relativa facilidad, los contextos del sector oeste implicaron para los *moneros* una mucho mayor inversión de trabajo. Gracias a ello las exploraciones arqueológicas han podido localizar restos de unidades habitacionales que presentan materiales pertenecientes a esas etapas tempranas. La posibilidad de registrar los restos de estas localidades ha permitido la paulatina elaboración de un mapa en el cual se han ubicado espacios de habitación que parecen haber sido relativamente contemporáneos entre sí.

2). Una de las variables que resaltan ante el señalamiento anterior es el de la razón por la cual los sitios con presencia de una planeación arquitectónica se encuentran en cotas más elevadas que los sitios ubicados en las tierras bajas cercanas al Armería. Para etapas tardías el asunto se torna evidente al observar los grandes asentamientos de *El Chanal* y *La Campana*. Al respecto, mi hipótesis de

trabajo se enfoca hacia el hecho de que las corrientes aprovechables eran las que bajaban de las partes altas del volcán de Fuego, es claro que los grupos más cercanos a las fuentes originales del agua tenían mayores posibilidades de desviar o utilizar antes que nadie sus caudales. Es claro también que en una sociedad agrícola el que tiene el control del agua, tiene el poder.

En este sentido, considero que una de las vertientes de investigación del sitio tiene que enfocarse hacia el estudio de las posibilidades agrícolas del lugar. El área en la cual se ubica *Comala* es un lugar privilegiado en cuanto a corrientes de agua y manantiales. Considero, como hipótesis de trabajo, que los sistemas de riego utilizados a lo largo del periodo colonial, el siglo XIX y buena parte del XX, tuvieron su origen en sistemas organizados por los grupos prehispánicos. La ubicación de *Comala* respecto a estos sistemas deja entrever la posible gran antigüedad de los mismos.

3). El contar con un recurso como el agua en una región en la cual sólo llueve 3 meses al año, sin duda permitió a los grupos que lo controlaron, la posibilidad de generar excedentes agrícolas e incluso, llevar a cabo cultivos altamente redituables, como el cacao y el algodón. Estos productos pudieron ser intercambiados por bienes escasos en el área y por objetos que otorgaran prestigio a una elite que podría, por este medio, legitimarse ante su pueblo. Al respecto, la hipótesis más aceptada respecto a la intrusión de elementos de la *Tradición Teuchitlán* en Colima tiene que ver con el hecho de que la región carece de yacimientos de obsidiana. Como se dijo en el análisis anterior, el área nuclear de esta tradición, el Volcán de Tequila, es una región en la cual el vidrio volcánico abunda. Es factible, en este sentido, que la relación entre ambas regiones haya sido favorecida por la posibilidad de intercambiar productos de alta demanda como los referidos.

4). Si la *Tradición Teuchitlán* es la expresión de la *tradición de las tumbas de tiro* en el centro norte de Jalisco, la pregunta que surge es la de si la cosmovisión que generó la edificación de plazas circulares fue compartida por los pueblos adscritos a la *tradición de tumbas de tiro* en Colima. Esto es, si la *idea* fue una derivación natural de una ideología en ambos lugares o si, por el contrario, fue el resultado de una difusión cultural impulsada en buena medida por el comercio y la necesidad de acceder a bienes de prestigio. Los trabajos efectuados recientemente en *La Herradura*, en terrenos de la antigua hacienda *El Volantín*, parecen abonar a la primera hipótesis.

5). Una de las características más notables referidas a la *Tradición Teuchitlán* es la existencia, durante su emergencia y consolidación, de grandes y profundas tumbas, a las cuales Weigand otorga el calificativo de *monumentales*. Esta variable es sin duda una de las grandes incógnitas toda vez que el saqueo ha impedido el documentar, en Colima, su existencia. Sabido es que en el centro-norte de Jalisco las tumbas de tiro alcanzaron profundidades de hasta 16-18 metros, las cuales accedían a bóvedas increíblemente labradas en el tepetate, en las que podían caber varios hombres de pie. En el caso de Colima los *moneros* mencionan la existencia de grandes tumbas de hasta 8 metros de profundidad, algunas con bóvedas radiales -

como en el caso de la ubicada en lo que ahora es la Universidad Pedagógica en la colonia Alfredo V. Bonfil.

No obstante, en tanto estos elementos no sean registrados por arqueólogos, su existencia permanecerá en la duda. En este sentido, la existencia *in situ* de los restos de una tumba de estas características ubicada al sur del asentamiento, deja entrever la posibilidad de que el sitio contenga alguna otra que haya logrado eludir el ímpetu de los *moneros*.

Es importante señalar que el hallazgo de un elemento de estas características resultaría relevante no sólo en términos del *hallazgo*, que puede ser publicitado o *vendido* a un público receptivo al descubrimiento de un *tesoro* pretérito. Lo relevante de la presencia o ausencia de este elemento permitiría dilucidar algunos de los aspectos propuestos por Weigand respecto al papel que las tumbas destinadas a las élites desempeñaron al interior de las comunidades. Los datos que López y Ramos obtuvieron a partir del análisis de los entierros y sus ofrendas encontradas en las tumbas de Huitzilapa, les permitió sustentar con datos duros el papel desempeñado por las relaciones de parentesco, como un elemento clave en cierto estadio de desarrollo social, toda vez que los derechos y las obligaciones de los individuos, incluido el régimen de propiedad sobre la tierra, el agua y otros bienes, se definirían por las relaciones familiares. En suma, la importancia de los linajes, sustentada en la noción de su relación directa a un ancestro común, real o mítico, fue postulada como el sustento social de la *tradición de las tumbas de tiro en el Occidente*.²⁶ Si los datos osteológicos permitieron sustentar con validez la hipótesis, el ajuar mortuario permitió a López y Ramos aventurar sobre aspectos tales como la organización social:

*Hemos podido identificar en la tumba la utilización distintiva de ciertos artículos como ejemplo de jerarquía, lo cual nos permite hablar de un tipo de orden social en particular: el cacicazgo. La calidad y cantidad de las ofrendas demuestran claramente un consumo desigual de bienes, esto nos dice algo de la importancia y posición social de los individuos enterrados ahí.*²⁷

En otras palabras, el sitio *Comala* parece haber sido, en razón del arreglo espacial que se aprecia a simple vista, un espacio habitado por un grupo social en el poder, el cual podría ser atisbado a partir de la exploración de elementos en los cuales hayan quedado plasmadas sus formas materiales de legitimación.

7). Otro aspecto ligado al anterior, tiene que ver con el hecho de que si bien en diversas colecciones privadas de Colima y los informes proporcionados por varios *moneros* señalan la existencia de abundantes objetos de concha y caracol, piedra verde, perlas, dijes de tiburón y, en suma, evidencias de joyería indígena, las exploraciones efectuadas hasta ahora por medio de rescates y salvamentos arqueológicos no han ofrecido este tipo de materiales. Es muy probable que ello se deba, como lo señalé anteriormente, a que se han explorado áreas rurales o domésticas, en las cuales predominan tumbas poco espectaculares. La oportunidad de explorar un asentamiento que parece corresponder por lo menos a la fase *Comala* permitiría comprobar si, efectivamente, la clase en el poder se caracterizó por el

empleo de estos objetos como una forma de legitimación social.

8). Se debe señalar además, que por lo que hemos podido percibir respecto a las maneras mediante las cuales se forma el registro arqueológico en el norte del valle de Colima, que la misma responde a una continua reutilización del espacio y, por ende, de una suerte de destrucción y/o modificación del contexto más antiguo. En el caso del asentamiento *Comala* llama profundamente la atención el que su espacio haya permanecido, por lo menos en la visual directa que ofrece en nuestros días, con sus elementos constructivos aparentemente en buen estado de conservación, y conservando una *idea* de organización espacial que consideramos antigua. La pregunta que deriva de este hecho nos lleva a plantearnos la manera en la cual el lugar fue reutilizado y si, como en el resto de los lugares que han sido explorados, el mismo fue modificado a partir de las nuevas necesidades de los nuevos pobladores. Esto es, se pretende rastrear no sólo el proceso constructivo del sitio sino, además, caracterizar sus ocupaciones más tardías.

9). Otro de los aspectos sobre los cuales el sitio *Comala* puede ofrecernos un importante cuerpo de información, refiere a la cultura material que quedó plasmada en sus diversas áreas de actividad. Hasta ahora la mayor dificultad para definir los espacios domésticos de las fases *Ortices* y *Comala* se expresaba en que, pareciera, los objetos destinados al ajuar de los muertos era sensiblemente distinto al ajuar doméstico. En la medida en que, a partir del registro arqueológico, pudimos ir documentando las características del ritual funerario de personas comunes entendimos las diferencias.

Si el sitio *Comala* es, como planteó en un primer momento Weigand, una suerte de enclave procedente del área nuclear de la *Tradición Teuchitlán*, esta diferencia podría manifestarse a partir de la cultura material existente en el sitio. Si esto no sucede así y la cultura material es idéntica al resto del material recuperado en el valle de Colima, la explicación del sitio deberá abundar en modelos distintos a fin de sustentar la definición del sitio como un *enclave* o, en otro sentido, como una expresión local de un fenómeno que, pareciera –según los datos obtenidos recientemente en *La Herradura*– podría tratarse de un desarrollo paralelo, producto de una concepción del mundo si no similar, sí basada en visiones del mundo propias de sociedades cuya legitimidad de los linajes gobernantes se sustentaba en el culto a los ancestros y a los derechos que estos les otorgaban.

El *Proyecto Arqueológico Comala* plantea alcanzar, además de los anteriores objetivos, las siguientes metas:

1). Se busca recuperar una zona arqueológica relevante, susceptible de ser afectada por la creciente urbanización de la ciudad de Colima y sus cercanas cabeceras municipales, Cuauhtémoc, Coquimatlán y Comala. En este sentido, es evidente que la inminente construcción del libramiento de Comala/Suchitlán, podría afectar no sólo algún sector del sitio sino, y esto es importante, el entorno natural que le dio sustento y que es fundamental para explicar los procesos económicos, políticos y sociales que le caracterizaron.

2). Comala, como otros pueblos relevantes de México, forma parte del

programa denominado *Pueblos Mágicos*, en razón de las permanencias culturales que mantiene. En este sentido es importante señalar que esta variable podría facilitarnos el insertar las diversas temporadas de exploración al interior de un marco de financiamiento compartido.

3). El entorno natural de Comala, sus renombradas huertas de café, tamarindo, mangos y zapotes, fueron protegidas mediante un decreto emitido por el entonces presidente de la República, Lic. Miguel de la Madrid Hurtado. Si bien este instrumento se encuentra en entredicho a partir de la presión que han ejercido los especuladores de tierras y los interesados en impulsar fraccionamientos de mediana y baja densidad, debe ser considerado como un instrumento que podría, eventualmente, facilitar el estudio de los sistemas de riego mencionados con anterioridad y promover, hasta cierto punto y con apoyo de instituciones como SEMARNAP, su protección y cuidado.

4). Comala, como buena parte del mundo rural del Occidente mexicano, es un gran expulsor de campesinos hacia los Estados Unidos, a causa no sólo de la escasez de empleo sino además, de los bajos salarios. Considero que la consolidación de un proyecto de investigación de largo aliento podría garantizar el empleo de varias de las familias del lugar. A la vez, en caso de que el proyecto sea aprobado y se pueda trabajar el lugar a fin de abrirlo a la visita pública, la zona podría desempeñar un importante papel como impulsor turístico no sólo de Comala, sino de la región.

5). En este sentido, consideramos que la elaboración del *Expediente Técnico*, el cual se plantea como la meta de esta primera temporada de trabajo, permitirá no sólo dilucidar el asunto de la tenencia de la tierra y sus posibles soluciones sino además, sentar las bases concretas de colaboración económica y académica con instancias municipales, estatales y federales, que permitan el cabal estudio del sitio y la resolución de los múltiples problemas que plantea, también el garantizar su conservación, su permanencia en el tiempo como un testigo viviente de los procesos sociales de nuestros antepasados.

Notas

1. Bernal, Ignacio, *El Mundo Olmeca*, Ed. Porrúa, México, 1968, p.192.
2. Piña Chán, Román, "Las culturas preclásicas del México antiguo", *Historia de México*, México, Salvat Mexicana de Ediciones, S.A. de C. V., tomo I, 1978, pp.135-184.
3. Armillas, Pedro, *Cronología y periodificación en la historia de América precolombina*, Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1957.
4. Sanders, William y Barbara Price, *Mesoamerica. The evolution of a civilization*, Random House, New York, 1968.
5. Manzanilla, Linda, "La zona del Altiplano Central en el Clásico", *Historia Antigua de México*,

El Horizonte Clásico, Vol. II, Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), Porrúa/UNAM/INAH, México, 1994, p.139.

6. Schöndube, Otto, *Tamazula, Tuxpan, Zapotlán, pueblos de la frontera septentrional de la Antigua Provincia de Colima*, Tesis de Maestría, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1973.

7. Las mismas se conocen con el nombre de trífidos.

8. Weigand, Phil C., "Evidence of Complex Societies during the Western Mesoamerican Period", *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, M.S. Foster y P.C. Weigand (eds.), Boulder, Westview Press, 1985, pp.47-93.

9. Weigand, Phil C., "Arquitectura y patrones de asentamiento en la tradición Formativa del Occidente Mesoamericano", *Evolución de una civilización prehispánica*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993 a, pp.39-68.

10. Kelly, Isabel, "Ceramic Provinces of Northwest Mexico", *El Occidente de México. Cuarta Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, 1948, pp. 55-71.

11. Según la propuesta inicial de Weigand, la fase San Felipe (1,000-300 a.C.) fue definida a través de la presencia de tumbas un tanto similares a las de El Opeño. La fase Arenal (300 a.C.-200 d.C.) se caracterizó no sólo por sus espectaculares *tumbas de tiro* y sus típicas ofrendas sino, también por una incipiente aparición de sitios con presencia de arquitectura construida a partir de un patrón de asentamiento circular. Las fases Ahualulco (200-400 d.C.) y Teuchitlán I (400-700 d.C.) representaría el esplendor de la *Tradición Teuchitlán* y la fase Teuchitlán II su período de decadencia (700-900 d.C.). Se debe tener en claro que esta primera visión ha sido modificada. Weigand, Phil C., "La evolución y ocaso de un núcleo de civilización: la Tradición Teuchitlán y la arqueología de Jalisco", *Antropología en Jalisco* 1-2, Guadalajara, Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco (Serie una visión actual), 1996 b, p. 64.

12. Weigand, Phil C., "La tradición Teuchitlán del Occidente mesoamericano", *Evolución de una civilización prehispánica*, México, El Colegio de Michoacán, 1993 b, pp. 69-106.

13. Weigand Phil C. y Acelia García de Weigand, "Minería prehispánica en Jalisco", *Estudios Jaliscienses* 17, Guadalajara, Secretaría de Cultura del estado de Jalisco, 1994, pp. 5-21.

14. Cárdenas, Efraín, *Explotación de la obsidiana en el sector occidental del Eje Neovolcánico*, México, ENAH, Tesis de licenciatura en arqueología, 1990; Phil C. Weigand, Acelia García de Weigand y Michael D. Glascock, "La exploración de los yacimientos de obsidiana del centro-oeste de Jalisco", Eduardo Williams (ed.), *Bienes estratégicos del antiguo Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004, pp. 113-136.

15. Cabrero, Ma. Teresa, *Civilización en el norte de México: arqueología de la cañada del río Bolaños, Zacatecas y Jalisco*, México, UNAM, 1989; Ma. Teresa Cabrero, "La cultura Bolaños como respuesta a una tendencia expansiva", Brigitte Boehm y Phil C. Weigand (ed.), *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán, 1992, pp. 339-358.

16. Serna, Rosalío, "Perspectivas de investigación a través del catálogo de sitios arqueológicos de Colima", *Barro Nuevo* 6, julio-septiembre de 1991, Colima, INAH,

Ayuntamiento de Colima, pp. 16-21.

17. Stuart, Glenn, "Agricultura de tierras húmedas en el área nuclear de la tradición Teuchitlán, Jalisco", Eduardo Williams, Lorenza López y David Grove (eds.), *El antiguo occidente de México: nuevas perspectivas sobre el pasado prehispánico*, México, El Colegio de Michoacán, Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, Inc. (en prensa).

18. Weigand, Phil C., "Las chinampas prehispánicas del Occidente de México", *Antropología en Jalisco*, Guadalajara, Secretaría de Cultura del Gobierno del Jalisco, (Serie una visión actual 3), 1996 c, pp.5-11.

19. La clasificación de Weigand es la siguiente: "1) Los conjuntos plazuela-patio monumentales o submonumentales anexos al conjunto circular o en las orillas de las plazas entre estos círculos en cualquier conjunto particular; 2) los conjuntos que se hallan nucleados más estrechamente, en torno a los conjuntos circulares -también tienen altares-; 3) los conjuntos en torno a los círculos y 4) los conjuntos aislados", Weigand, Phil C., "La tradición Teuchitlan del Occidente mesoamericano" *Evolución de una sociedad...*, *op. cit.*, p. 102.

20. Weigand, Phil C. y Christopher S. Beekman, "Introducción" *La tradición Teuchitlán. Nuevas perspectivas*, El Colegio de Michoacán, Secretaria de Cultura del Estado de Jalisco y el INAH, en prensa.

21. López Mestas, Lorenza y Jorge Ramos, "La excavación de la tumba de Huitzilapa", Richard F. Townsend (ed.), *El antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido*, México, The Art Institute of Chicago, Gobierno del estado de Colima, Secretaría de Cultura Gobierno de Colima, 2002, pp. 57-73.

22. Weigan, Phil C. "La evolución y ocaso de un núcleo de civilización...", *op. cit.* 1996 b, p.16.

23. Ramos, Jorge y Lorenza López, "Investigaciones arqueológicas en Huitzilapa, Jalisco", *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales*, Guadalajara, Actas del IV Coloquio de Occidentalistas, Universidad de Guadalajara, Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación, 1998, pp.157-166.

24. Weigan, Phil C., "La evolución y ocaso de un núcleo de civilización...", *op. cit.* 1996 b, p. 22.

25. Ver nota 16.

26). Al respecto se pude consultar las síntesis relativas a las características de los sistemas de enterramiento en la región: Cabrero, Ma. Teresa, *La muerte en el Occidente de México prehispánico*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1995; Pickering, Robert B. y Ma. Teresa Cabrero, "Costumbres funerarias en la región de las tumbas de tiro", Richard F. Townsend (ed.), *El antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido*, México, The Art Institute of Chicago, Gobierno del estado de Colima, Secretaría de Cultura Gobierno de Colima, 2002, pp. 75-91.

27. López, Lorenza y Jorge Ramos, "La excavación de la tumba de Huitzilapa.....", *op. cit.*, p. 65.